

HISTORIA Y SECULARIZACIÓN

Joaquín de Fiore, un abad de santa vida nacido en Calabria en el año 1131, muy poco mencionado en la literatura específica, fue un poeta renovado sin cuya intervención teológica no podría haber tenido lugar la modernidad. Pero además de constituirse en precursor lejano del proyecto moderno, y tal vez por eso, se convertirá en pieza clave para mejor comprender y ponderar la consumación en la tardomodernidad.

Luego de haber recibido la revelación del Espíritu Santo, Joaquín de Fiore cree estar en condiciones de poder develar el futuro oculto de la humanidad posterior, presente en los símbolos que pueblas el Antiguo y el Nuevo Testamento. Sólo era preciso encontrar el método interpretativo adecuado. Ahí será capaz de descubrir las claves secretas que le facilitarán la comprensión anticipada de los acontecimientos por venir, hasta alcanzar a obtener el conocimiento definitivo del curso de la historia.

La consumación de la historia, sinónimo para él de espiritualización y libertad, parecería no encontrarse únicamente fuera del tiempo histórico. A diferencia de San Agustín para quien la libertad humana perfecta es posible solamente en la otra vida, Joaquín espera anticipadamente el cumplimiento de una completa libertad de espíritu en un futuro situado en la historia mundana como etapa anticipatoria de la definitiva.

Su posteridad espiritual va a operar en un futuro que llega hasta nuestros días, el concepto de fin de la historia, que ya comienza con los pensadores modernos. Así es constatable la resonancia espiritual directa sobre la obra de Lessing dedicada a la educación del género humano. También repercute notablemente en los saintsimonianos franceses, y es muy notoria en los tres estadios de Comte,

coincidente con las tres etapas espirituales.

Este modo de penetrar el entendimiento divino desocultando los hechos de la historia fáctica conforme a una visión de tipo religiosa, significa fusionar sin distinción la historia de la salvación para expresarla en términos de historia profana. Aquí reside a nuestro entender, el origen de las contradicciones indicadas por la tardomodernidad en cuanto a la eventualidad de sostener metarrelatos sobre la historia en su totalidad. Los autores modernos habrían incurrido, según los posmodernos, en la falacia de las trascendencia, es decir, en adoptar un punto de vista trascendente (secularizado) de la narración sagrada, para narrar e interpretar los hechos de la historia mundana.

Es lo que preocupó al abad calabrés, querer proyectar proféticamente los tramos futuros del curso providencial de la historia en su conjunto. Y este espíritu de profecía orientado al develamiento de los misterios ocultos en la noción de providencia, se transformarán desde el renacimiento en espíritu de transparencia, a partir del cual iban apareciendo las condiciones para el dominio y conquista del mundo.

El esquema metodológico interpretativo de de Fiore estaba sustentado en la doctrina de la Santísima Trinidad.

“Tres dispensaciones se producen en tres diferentes épocas, de las cuales sucesivamente, se manifiestan las tres personas de la Trinidad. La primera es la dispensación del Padre; la segunda, la del Hijo; la tercera, la del Espíritu Santo.”¹

¹ LÖWITH, Karl. El Sentido de la Historia, Aguilar, Madrid, pág. 167.

La lectura alegórica de la escritura en base a los sucesos pasados hacía posible la predicción del futuro, en función del cual el abad diseñó su teoría sobre las siete edades del mundo.

“En esta cronología de la historia, Joaquín de Fiore hereda de San Agustín el esquema septenario de las edades, pero al mismo tiempo introduce una variable esencial en el esquema agustiniano. Nuestro autor coloca la séptima edad, que San Agustín situaba más allá de la historia, indicando en ella el tiempo de la pax verdadera, de la perfecta justicia, de la plenitudo veritatis y de la plenitudo libertatis dentro del proceso histórico, y añade una aetas octava para indicar el estado final y eterno de la historia humana. Con esta ‘retrocesión’ de la historia, de la séptima edad, de lo eterno a lo temporal, Joaquín de Fiore introducía en el pensamiento cristiano medieval una nueva figura escatológica: la edad final del espíri-tu.”²

Este que parecería un mesianismo sin Mesías, coloca en su lugar el espíritu, expresado bajo la forma concreta de un “orden espiritual escatológico”, va a constituir el antecedente esencial de lo que más adelante será la utopía. Esta irrumpirá como consecuencia de la búsqueda de perfección de un cristianismo intrahistórico que siguiendo el camino de un mesianismo puramente espiritual, que bajo distintas figuras que se renuevan constantemente en el transcurrir de la historia, siempre irradiando su esplendor y provocando la fascinación humana.

² BORRGHESI, Massimo. “Joaquín y sus Hijos”. En: Revista 30 Días, Nº 78, Madrid, Marzo de 1974.

Sin embargo Santo Tomás no quedó atrapado en el engaño apocalíptico-milenarista anunciado por de Fiore, a pesar de conocer su pensamiento. El va a sostener que no es posible determinar ningún espacio de tiempo (la edad del espíritu), ni pequeño ni grande que permita avizorar el fin de la historia. Su preocupación en ese sentido estuvo siempre referida por la plenitud permanente del ser y por el orden de la gracia. Su mirada fue siempre esquiva a un estadio final de la historia, sino que pasó por una resignación recoleta serena y firme. Por eso, sus ideas mantienen una validez perenne para los tiempos de miseria espiritual que estamos transitando, y nos permite recuperar de nuevo nuevamente una función heroica espiritual (atribuida ahora al sujeto clase o al sujeto individual racional). Esto nos hará posible el sentido de la historia viviendo como dice el aquinate, viviendo el presente libremente como las aves que surcan el cielo, sin aferrarse a ser un sujeto que espera desesperadamente una liberación vacía en el ámbito de lo inmanente. Es Cristo pues, con su encarnación, pasión y resurrección la única salvación posible en la historia de ayer, hoy y siempre, eludiendo cualquier tipo de falsa utopía.

La noción de utopía va dando cuenta a la vez de un proceso histórico, el de la secularización. En él se produce progresivamente una separación entre cristianismo y mundo, el cual se va a ir radicalizando, hasta llegar a la autonomía total del mundo, pero con restos de trascendencia. Hay que subrayar, sin embargo, la permanencia de las ideas cristianas en una realidad que de hecho afirma la muerte de Dios. Será ésta una conciencia cristiana por derivación, ya que no tiene más a Cristo como fundamento. Es la actual una conciencia histórica que comienza a prepararse con de Fiore y que se realiza plenamente en la época contemporánea, provocando muchas veces consecuencias desgraciadas para el hombre. Algunas ya acaecidas: el nazismo,

el estalinismo y otras actuales como el libre mercado. Si bien posturas diversas, pero a su vez coincidentes en proclamarse la verdadera realización de la humanidad, esto es, el fin de la historia.

“La secularización no sólo lleva a cabo la simple separación entre lo sagrado y lo profano y quiere restituir al mundo su autonomía, sino que con mayor sutileza, da un carácter inmanente al esxaton cristiano que tiende a convertir un determinado tiempo histórico y absoluto en definitivo y perfecto.”³

Federico Schlegel, poeta y filósofo, amigo de Fichte y Schelling, sostenía lo siguiente:

“El deseo revolucionario de realizar el reino de Dios es el punto de partida flexible de la educación progresiva y el principio de la historia moderna.”⁴

Tampoco existe contradicción en que Fichte haya sido ateo, porque el ateísmo en épocas poscristianas obtiene su vitalidad de la fe cristiana en la salvación.

En Hegel, por su parte, podemos constatar uno de los intentos más profundos de los tiempos modernos para realizar el reino de Dios sobre la tierra a través del espíritu, luego criticado por Marx que vio en Hegel sólo una evaporación idealista de

³ BORRGHESI, Massimo. Op. cit., pág. 59.

⁴ SCHLEGEL, Federico. Athennams fragmente, N° 22, en LÖWITZ, Karl, Op. cit.

toda la realidad, excepto en el espíritu, es decir, ideológicamente. Y su ardid de la razón no es otra cosa que la secularización de la Providencia.

Es en el interior de este contexto donde se podrán encontrar razones que faciliten una justificación histórica cultural del movimiento nazi. Como todo movimiento espiritual moderno sigue huellas joaquinistas, pero invirtiendo el objeto de su esperanza. No nos puede sorprender entonces el éxito de librería logrado por un libro que exponía las ideas del Kaiser Federico II entre la juventud alemana de 1920 y 1930. En él se aseguraba la misión secreta y mesiánica que el futuro tenía reservado a Alemania. Federico fue excomulgado por la Iglesia luego de haberse coronado en la ciudad de Jerusalén “Dominus Mundus”, es decir, Señor del Mundo. Fue Hitler, sin embargo, quien llevó a cabo y coronó esta esperanza.

Más próximo a nosotros, en las décadas de los 60 y 70, y cuyos efectos todavía hoy vivimos, la juventud pugnaba por el logro de un ideal a alcanzarse en un futuro cercano. Un futuro en el cual se quería alcanzar la plenitud humana, y que tan próxima parecía estar, que incluso parecía poder tocarse con las manos. Pero como este futuro se ubicaba delante nuestro y no sobre nosotros (Dios), por eso, este proceso culminó trágicamente como todos sabemos. Es que debajo de ambos eventos históricos late la misma esperanza joaquinista en una liberación inminente del espíritu, donde habrían de reinar la libertad y la justicia.

Tampoco se podrían haber producido cierto tipo de revoluciones como la americana, francesa o la rusa, sin el impulso de la fe en el Reino que impulsaba el progreso secular hacia su consumación.

“La tercera dispensación de los joaquinistas reapareció como una

‘tercera internacional’ y un ‘Tercer Reich’; iniciado por un Dux o un Führer, que fue aclamado como el salvador y saludado por millones de seguidores con: ‘Heil!’. El origen de todos estos formidables intentos de realizar la historia por y en sí misma de la apasionada, aunque humilde y tímida, expectación de los franciscanos espirituales, de que un último conflicto llevaría a la historia a su culminación y término. Necesitose un sacrificio como el de Nietzsche, para restablecer, en un anticristo, la alternativa entre el reino de Dios y el mundo; entre la creación con consumación y el eterno retorno sin principio ni fin.”⁵

Es por eso que en este marco se hace esclarecedora y vibrante la propuesta de Pieper, en el sentido que la respuesta verdadera ante semejantes desafíos se encuentra en la verdadera esperanza, incommovible como la misma existencia. Esto porque tanto las falsas ilusiones como las desilusiones nacen de una esperanza inauténtica debido a que pretende realizarse en este mundo.

Podríamos entonces decir, que la expresión desilusión significa liberarse de una ilusión, en este sentido Pieper siguiendo a Santo Tomás y sin saberlo expresamente, persigue la salida de una posmodernidad en cuanto desesperación como anticipación de lo siempre irrealizable.

⁵ LÖWITZ, Karl. Op. cit., pág. 179.